



PLAZA DE ABASTOS. ORENSE

La prima Nati

SERGIO RODRIGUEZ

Quería comprobar el nuevo aspecto de Las Burgas tras aquella remodelación del entorno que me habían comentado y me acerqué de nuevo para dar una vuelta por allí después de varios años. Aquello, para alguien que siempre anda alimentando su capacidad de sorpresa, era una especie de descubrimiento paisajístico, como cuando tras haber permanecido varios meses en Orense para estudiar el COU, contemplé las gaviotas sobre el Miño por primera vez. Me extrañó entonces que las gaviotas se internaran tan adentro, lejos del mar. Más tarde, descubrí que incluso en Madrid existía una numerosa colonia de estas aves sobre el gran vertedero de Valdemingómez, a pocos kilómetros de la capital. En fin, que la capacidad de sorpresa no se agota, ya sea por ignorancia o por pura ilusión.

Tras visitar la fuente de Las Burgas, me acerqué al viejo mercado de la Plaza de Abastos. Bajé la empinada cuesta flanqueada por los puestos de siempre y respiré los aromas de antaño como un Proust de provincias. En uno de ellos se vendían gallos de corral, y la contemplación de aquella carne tan apreciada por mi paladar, en seguida me enredó las



neuronas para recordar un episodio que me impactó en cierto momento de mi vida y en el que también andaba de por medio el antojo de un gallo de corral. Tan absorto estaba que mis pies naufragaron en un charco de considerables dimensiones, empapándose como entonces...

No me había cambiado los zapatos pensando que todo sería cuestión de unos momentos: coger el coche, recorrer los veinte kilómetros que nos separaban del pueblo, y, una vez allí, recoger el gallo de corral que se nos había antojado como cena de Nochevieja. Pero las cosas pueden complicarse en menos que canta un espécimen como el que pensábamos zamparnos antes de las uvas. Y en apenas un cuarto de hora comenzó a llover como si se juntaran todos los monzones cambiados de tiempo y lugar, a formarse una niebla que casi podía cortarse a navaja, y a caer la noche como un antifaz delante de nuestros ojos.

Total, que allí estábamos: mi padre, de copiloto despistado, mi mujer, de acompañante alarmada y alarmista, y yo, intentando mantener la calma con el coche casi atorado en el barro, en mitad de una carretera –por llamarla de algún modo– minúscula e insuficiente para girar, al borde de un barranco, invisible pero adivinable, ya que frente a mí había desaparecido la calzada –y sigo denominándola por encima de sus posibilidades–, en sustitución de un vacío oscuro como la boca del lobo. En realidad, sólo faltaban los lobos hambrientos que antaño se acercaban hasta los límites de las aldeas olisqueando los rebaños, para completar el cuadro de tres ciudadanos desvalidos con tan sólo alejarse unos pocos kilómetros de la civilización.

Me bajé del coche para coger la linterna multifunciones que llevaba en el maletero, me calé en cuestión de segundos, y sólo pude conseguir un haz de luz tenue, con una potencia luminosa similar a la de una vela diminuta porque las pilas estaban casi agotadas.

Pensé que lo mejor era no mover el coche ni un centímetro ante la duda de lo que había, o más bien no había delante. Dejé puestas las luces de emergencia y, en compañía de mi padre, que yo creía conocedor del lugar, nos dirigimos en busca de ayuda. En realidad, mi padre hacía años que no había ido a la aldea y no sabía exactamente por dónde habían construido la pista de acceso. Si la carretera –sigo considerando superlativa esta concepción viaria– era deficitaria, cómo sería la pista de marras.

Un vecino acudió presto y solidario a remediar nuestra situación. Con tres maniobras, siguiendo sus certeras instrucciones, pude girar finalmente el coche ubicándolo de nuevo en dirección contraria, no sin antes dar un golpe con la parte trasera contra una roca invisible, como todo aquella noche.

–Hemos hecho bien en parar. Por aquí precisamente fue por donde se despeñó con el tractor el hermano de Manuel –dijo mi padre después. Menos mal.



A mi natural carácter obsesivo le dio por pensar, sin embargo, en los zapatos de ante, que se estaban echando a perder por culpa de la lluvia a pesar de la capa protectora de crema en spray que le había suministrado mi hermana previsora. El caso es que yo no había traído otro calzado y ya me veía pasando la noche en casa y en zapatillas.

Dejé a mi mujer en el coche; mi padre y yo caminamos y tropezamos aldea abajo por calles y corredoiras embarradas y sin iluminar.

Luego me dijeron que el alumbrado público, o mejor dicho su total ausencia, era una venganza política del alcalde del municipio a los vecinos de las pedanías que no le habían votado. Un fenómeno muy típico y arraigado en una tierra dominada secularmente por el caciquismo.

En este recorrido tortuoso estábamos cuando vimos una luz tan débil como la de la inutilizada linterna multifunciones. Aquella bombilla de escasa potencia sobre una desvencijada puerta de madera fue, curiosamente, una especie de fuego prometeico para mi memoria, que se iba alumbrando con las explicaciones de mi padre. Recordé que de pequeño había estado allí, en casa de mis tíos de Vilardemilo, en alguna fiesta durante el verano. Y allí de nuevo me introducía ahora, en uno de esos eternos retornos que pueblan nuestra vida, para refugiarme de la lluvia que parecía provenir de alguna maldición o arrebato divino a juzgar por la fuerza y el fastidio que estaban provocando. Llovía, como suele decirse, con ganas, con mala idea incluso. Verdaderos chuzos de punta eran aquellos cántaros sobre mis zapatos de ante y todo el resto de mi anatomía.

Siempre se ha tenido como referencia del atraso, del tercermundismo instalado en nuestra sociedad de forma vergonzante, a Las Hurdes. Y en Las Hurdes me hubiera gustado estar en aquellos momentos para hacer las oportunas comparaciones.

En la casa vivía ahora sola mi prima Nati, que debía tener mi misma edad. Y fue ella la que nos invitó a pasar. No me reconoció. Pero yo aún pude adivinar sus facciones de antaño en aquella cara demacrada, con arrugas prematuras. Una especie de calambre me recorrió desde el pecho hasta la cabeza y las extremidades mientras observaba aquel pelo lacio, desmadrado, la boca desdentada por tramos, las manos sucias, agrietadas, más propias de un viejo campesino que de una moza, las piernas flacas, perdidas en un pantalón de pana desgastado, el aspecto famélico... Y, sobre todo, aquel talle reducido, como encogido, donde antaño había estado un cuerpo lozano, de piel tersa, de superficies turgentes, una cara de rasgos bellos, unos labios carnosos y sensuales, unas piernas de quitar el hipo.

Nati estaba preparando una tortilla de patata. Esa era toda su cena de nochevieja: una tortilla y media botella de vino tinto. Un vino agrio y correoso del que me ofreció un vaso.



De repente, se me quitaron las ganas del gallo de corral en cuya busca seguía mi padre, dejándome allí tras hacer un alto en aquella casa que, lo mismo que la carretera, estaba muy por debajo de su denominación, es decir de lo que la humanidad considera como habitable.

Además del vino me iba ofreciendo las cosas más dispares:

—¿Quieres un chorizo?

—No gracias, vamos a cenar dentro de un par de horas...

—¿Y un yogurt? ¿quieres un yogurt?. También tengo.

—No, de verdad. Hemos venido a comprar un gallo...

—¿Un gallo? Yo no tengo gallos. Pero sí tengo corderos, muchos corderos. ¡Y conejos! ¿Quieres un conejo? Yo te lo regalo. ¿Lo quieres?

—No, mi madre, la tía Julia, también los tiene. ¿Te acuerdas de la tía Julia?

Nati respondió afirmativamente con un gesto hosco, como si se diera cuenta que la estaban tomando por una loca. Y siguió con lo suyo.

—Estoy haciendo una tortilla. Me gustan.

Efectivamente, una enorme y destartada sartén llena de patatas estaba encajada sobre el agujero del fogón de una cocina de leña que ahumaba la estancia por completo y ya comenzaba a provocarme una conjuntivitis. No sé, debí de parecerle un señorito de ciudad porque me dijo:

—No estás acostumbrado a estas cocinas, pero son muy buenas para el frío. Hace frío, ¿a que sí?

Pasaba de un diálogo a otro, de un gesto a otro como una película a trozos, sin montar. De repente, se fue al salón —es otra manera de calificar a aquella estancia desordenada y sucia, llena de trastos, aperos de labranza, cajas de cartón, una alacena mal adornada con un reloj de tamaño astronómico y diversos objetos de pésimo gusto y mala calidad material—. Allí rebuscó en los cajones hasta encontrar un cigarrillo.

—Me gusta mucho fumar, sabes —me dijo de forma compulsiva mientras buscaba algo con que encenderlo—. Pero a mi padre no le gusta. Sólo me deja beber un poco de vino; el resto lo tiene guardado en la bodega.

Yo observaba atónito aquel lugar, asombrado de que alguien pudiera hacer su vida habitualmente en él. Mi mirada se paró por unos momentos en unas cajas de medicinas, entre ellas un antiséptico bucal, el famoso "Oraldine". Nati lo advirtió y me dijo:

—Eso es muy bueno para la dentadura —al tiempo que sonreía con su sonrisa rota, erosionada, ennegrecida, con varios huecos en lugar de dientes.

Otro escalofrío me recorrió el cuerpo al recordar aquella sonrisa adolescente, entre pícaro e ingenua, pero perfecta y blanquísima, que yo había conocido.

Me hubiera gustado llevar un encendedor encima,



no sé si por lástima, y hacer posible que disfrutara de su pequeño placer solitario. Al no encontrar fuego volvió a la cocina. Yo la seguí. Pero sus movimientos eran como los de una mariposa nocturna en torno a las bombillas. Salió de nuevo de la cocina y encendió un aparato viejo, un televisor en blanco y negro. En la pantalla comenzaban a aparecer los anuncios de los programas especiales de Nochevieja, con músicas, cantantes, bailarinas ligeras de ropa y los chistosos de turno. Me pregunté qué le dirían a Nati

todas aquellas cosas en su aislamiento rural. Pensé en las jóvenes de su edad atiborrando las discotecas del entorno, ligando con los chicos, enloqueciendo en una noche loca, pero con una locura tan diferente a la de la pobre Nati.

Le pregunté por qué no se había ido con sus padres, que se encontraban haciendo la matanza en otro pueblo cercano, y sólo me contestó:

—Bah, es que allí no me quieren.

Un día, según me contaron, otro primo, el primo Casimiro, intentó hacerle una broma y ella lo cortó con un bofetón que casi lo tira al suelo. De eso hacía ya unos años, y desde entonces, cuando comenzó a comportarse de aquel modo extraño, nadie quería saber nada de ella, claro.

¿Qué es lo que le había pasado a la prima Nati para acabar de aquella manera?. Se había ido a Barcelona hacía unos quince años pura, inocente y hermosa como una flor silvestre. Se puso a trabajar de camareira en un bar y allí conoció a un miserable que, tras desflorarla en una pensión del barrio de Gracia, comenzó a marchitarla a marchas forzadas. El chulo en cuestión además de hacerla sufrir llegó a aprovecharse de su sueldo hasta que su padre se enteró y cortó la relación por lo sano, es decir violentamente: el tío Jaime siempre llevaba como acompañante un enorme bastón de madera de roble adornado con sus iniciales en pirograbado que, sumado a su enorme corpulencia, se convertía en un buen elemento disuasorio. Pero el daño ya estaba hecho. No pudo obligarle a casarse porque el chulo ya lo estaba con otra medio puta que trabajaba en el barrio chino, y la

pobre Nati, desconsolada, se volvió al terruño, donde se dedicó a pastorear un rebaño de corderos de prado en prado, de monte en monte. De rosa ajada pasó a convertirse en un auténtico cardo espinoso para sus congéneres, que la fueron abandonando a su suerte. Allí, en el pueblo, comenzó a deambular acompañada sólo por aquella grey mansa, más pacífica que los humanos, y comenzó a tomarle más cariño a las criaturas sin razón que a sus semejantes, los que pasan por tenerla.

¿Podría definirse lo que le ocurrió a la prima Nati como una locura de amor?. No sé, yo siempre creí que las locuras de amor eran algo exquisito, más propio de la literatura y el cine. Y lo que le había ocurrido a mi pobre prima, lo que le estaba ocurrien-



do era todo menos exquisito o sublime. El abandono más absoluto, la degradación progresiva –si es que todavía existía algún grado descendente más– la miseria como forma de vida. Sus mejores años echados a perder.

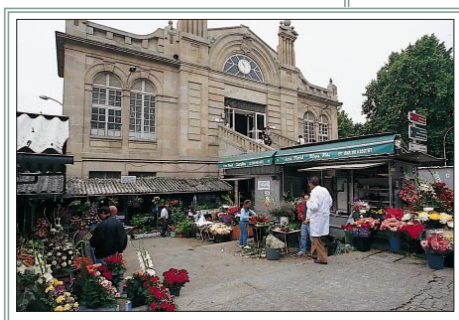
Durante el resto de la noche, en medio de felicitaciones de Año Nuevo, bromas, chistes, borracheras y demás repertorio insustancial, mis zapatos, todavía mojados, me iban recordando sin remedio a la prima Nati, sola y loca en su aldea de la montaña.

Ahora, tras la involuntaria visión de los gallos y rodeado por el bullicio del mercado, evocaba de nuevo aquella triste historia. ■

MERCADOS/LITERATURAS

SERGIO RODRIGUEZ

PERIODISTA Y ESCRITOR



PLAZA DE ABASTOS DE ORENSE

La Plaza de Abastos de Orense da nombre a la plaza donde está ubicado el mercado más importante de esta ciudad gallega.

Se trata de un edificio realizado en cantería, que forma parte ya del paisaje urbano orensano, a un tiro de piedra de las fuentes termales de As Burgas, utilizadas en tiempos como sistema de calefacción y limpieza de los productos que se vendían en el mercado. Incluso existe una canción popular que hace referencia a este mercado, integrado desde hace más de 60 años en la vida económica y social de los orensanos.

El mercado fue inaugurado en 1935, ocho años después de iniciarse las obras, sobre un proyecto del arquitecto Manuel Conde.

Ocupa una superficie de 10.000 m², incluido el edificio y los puestos ubicados en el exterior. Cuenta con un total de 218 puestos, con una actividad comercial muy dinámica y un volumen anual de ventas que se sitúa en unos 7.000 millones de pesetas.

